

## La ciudad espacio para la convivencia

La ciudad, junto al lenguaje, es el gran invento del hombre. Es el espacio físico, el lugar de encuentro que da origen a la civilización, a la cultura, la ciencia, el arte, la economía y el conjunto de leyes y normas que han regido el comportamiento de los seres humanos en tanto que seres sociales. La ciudad, si se me permite el tono como de Boletín Oficial del Estado de lo que les voy a decir, pone rostro humano a la Ley Natural, mediante el “reglamento” de una ética individual que trae causa de la dimensión social inherente al espacio urbano de la convivencia. Dicho de otro modo, es la CONVIENCIA de lo que emana la necesidad de una ética individual, y, puesto que la CIUDAD es el espacio propio y necesario para que tenga existencia virtual el concepto de convivencia, podemos establecer, ya de partida, que ÉTICA y CIUDAD son dos conceptos indisociables. La Ley Natural puede estar grabada en el “genoma moral” del ser humano por el hecho de nacer, pero la ÉTICA ES URBANA.

La ciudad es causa, y a la vez efecto, de toda organización social, el testimonio de cada época, del tipo de relaciones sociales, de su cultura, de sus valores jerárquicos... desde la polis griega hasta nuestros días, pasando por la centuriato romana, la ciudad medieval, la renacentista- incluso las ciudades ilusorias y utópicas jamás construidas del Renacimiento- la ciudad barroca y la explosión de la ciudad moderna tras la revolución industrial.

En cualquier caso, la esencia constitutiva de la ciudad es el encuentro entre diversidades, reproduciendo constantemente la dialéctica conflicto-superaciones, que queda siempre reflejada en su propia fisonomía, de ahí que las ciudades si se saben leer bien, constituyan un libro abierto de su propia historia. Las calles de una ciudad, sus monumentos, sus edificios, sus olores, sus sonidos, su pasado, su presente, sus anhelos futuros, todo es el resultado de una historia densa y compleja recostada sobre un territorio, una geografía que, como dice mi amigo el arquitecto y urbanista José Seguí, es el diván del siquiatra donde el subconsciente de la ciudad da rienda suelta a las más profundas claves de su espíritu, de su génesis y de su evolución. Es un trasfondo activo que proporciona un escenario para la vida a la vez que la condiciona. Los urbanícolas somos hijos de una ciudad con cuyo roce cotidiano y dialéctico hemos ido moldeando, precisamente, nuestra condición de ciudadanos, de ahí que, en gran medida, acabemos siendo lo que la ciudad ha querido que seamos, envolviéndonos, como una hidra, en su logos y en su pathos, en sus encantos y en sus miserias. Suelo referir siempre aquí una cita de Lewis Mumford: “El pensamiento toma forma en la ciudad, pero a la vez las formas urbanas condicionan el pensamiento”. (*Y Alexander Mitscherlich: “en las ciudades los hombres se crean un espacio vital, así como un campo de expresión dotado de miles de facetas; pero, de rebote, esa forma de la ciudad contribuye también a formar el carácter social de los habitantes”*) Es decir, que la fisonomía de la ciudad no es en modo alguno “inocente”, sino el más causal de los artificios humanos, condicionado por la ideología, el pensamiento, a cuyo amparo la ciudad se construye o se destruye, se expande o se transforma. Y tampoco es inocente porque la mayoría de los seres humanos viven en medios urbanos más o menos populosos y concentrados, y, si es en contacto estrecho con ellos como, tal y como hemos dicho, han conformado y moldeado su condición ciudadana a lo largo de sus vidas, está claro que, en la impronta que aquellos hayan podido dejar, no es lo mismo decir que “mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla y un huerto claro donde florece el limonero” que “mi infancia son recuerdos de una planta diáfana, bloque 4 escalera F piso dieciséis”

La ciudad como espacio para la convivencia es, pues, casi una tautología, pues se trata de términos identificables. De hecho todas las ciudades ideales del Renacimiento- La città dil sole de Campanella, la città ideale de Vasari, la ciudad de Palladio o la Sforzinda de Filarete, o la Utopía de Moro, entre otras,- así como las experiencias de los socialistas utópicos como respuesta a los efectos urbanos de la Revolución Industrial, son modelos formales directamente dirigidos a posibilitar unas formas de convivencia, de acuerdo con las ideologías y costumbres y sistemas de estratificación social de cada época. La retícula obsesiva de los ensanches del

XIX, como el de Cerdá en Barcelona traduce el orden burgués como norma de convivencia. De hecho podríamos decir que detrás de cada idea de un urbanista subyace siempre una intencionalidad, una interpretación formal de la idea de convivencia. Lo que ocurre es que cada modelo de ciudad, cada modelo de convivencia, acarrea siempre el espíritu de la época, con sus certidumbres y contradicciones. La ciudad histórica, por ejemplo, ha sido siempre un escenario jerarquizado, un territorio de espacios segregados que obedecían a la propia estratificación social, según las pautas de organización estamental normalmente admitidas, entre otras cosas porque las ciudades, especialmente las de mayor significación histórica, han sido, antes que nada, escenarios del poder- religioso o civil- a veces incluso tiránico, pero de acuerdo con una concepción social comúnmente admitida.

Pero es sólo a partir de la Revolución Industrial, con la irrupción de las masas trabajadoras en las ciudades dando lugar a un proceso de concentración urbana sin precedentes en la historia cuando se empieza a tener una conciencia- paralela y simultánea con la conciencia de clase- del carácter discriminatorio de esa jerarquía, de la estrategia de explotación que entraña esa segregación social del espacio. (*Conciencia de periferia, no sólo como concepto geográfico sino, sobre todo, como concepto social y moral*). Esta eclosión demográfica, con la formación del proletariado, no tenía encaje en las formas organizativas de la sociedad hasta el momento, y mucho menos en el marco físico de la ciudad existente, lo que dió lugar a epidemias y disturbios, que culminan en la revolución de 1848 con el asalto a la Comuna de París. Los primeros reflejos de las clases empresariales dominantes para contener la situación no pasan de la preocupación paternalista por la condición de vida de los obreros e, incluso, por su situación moral (propia del puritanismo calvinista inherente al espíritu del capitalismo centroeuropeo, tal y como analizó Max Weber en textos que son ya hoy clásicos. (En Málaga, el caso de Huelin) Ello, junto a la necesidad de eliminar los disturbios de la gran ciudad, **hizo nacer** el movimiento de los socialistas utópicos, ya mencionados, con sus propuestas de poblados industriales modelos. Marx y Engels denuncian estos intentos por incrementar la dependencia de los obreros con respecto a sus patronos, pero lo cierto es que este movimiento fue el precursor de numerosas ideas válidas sobre el bienestar social, que se han incorporado a la legislación urbanística, y que incluso utilizaron los propio Marx y Engels. (*Y también, no olvidemos, hizo nacer el urbanismo haussmaniano, con la conciencia de que la ciudad era un mecanismo de producción en sí mismo*)

*Excursus: Las concepciones de los socialistas utópicos tenían más de un punto en común con un fenómeno que se está produciendo hoy en la ciudad del presente: lo apunto ahora como tema de reflexión. Me refiero a las “fantasy cities”, a las ciudades tematizadas o a los grandes condominios cerrados en los que, como sucedía con aquellas utopías, lo que disponemos no es de ciudades sino de representaciones de la ciudad. En ambos, aunque por distintas motivaciones, para conseguir “ciudad” es preciso que ésta se manifieste cercada, acotada, aislada. En esta concepción de la ciudad, la vivencia de lo urbano es sustituido por la representación de lo urbano.... no está lejos de esto la filosofía de los “malles” comerciales”)*

*(Robert Owen en Escocia, propugnó en Escocia unas cuevas comunidades d obreros en las que el trabajo se combinara con el estudio y el ocio. Más tarde fue Charles Fourier con la idea del “falansterio” o comunidad autosuficiente para 1620 personas integradas en lo que llamaba, ni más ni menos, “Palacio Social”, en donde había viviendas, industrias, servicios y prados para el cultivo, pero ni cárceles ni tribunales, pues daba por hecho que l perfecta organización social propiciada por semejante contenedor los haría innecesarios. (Curioso personaje este Fourier, escritor y filántropo, cuyas preocupaciones éticas y sociales no le impidió escribir un libro erótico titulado “Galería de carnudos”).*

*Otro personaje, el coronel Akoyd, esperaba elevar en su “Akoydon” el nivel moral de los obreros mediante un “entorno estético positivo” a fin de asegurar “valores sociales más duraderos”. Pero fue Jean Baptiste Godin quien llevó a la práctica las ideas de Fourier con su famoso “Famillisterio” de Guisa, un edificio en forma de de un gran corralón de cuatro plantas y un patio inmenso y acristalado donde alojó a todos los obreros de su fundición. La*

*experiencia fracasó porque los obreros no admitieron la estricta reglamentación del padre-patrón)*

La ciudad heredera de la Revolución Industrial es, pues, la de los ensanches y avenidas, pero también la de los “slums” insalubres, la de los barrios obreros hacinados, la que a partir del siglo XIX y a lo largo de casi todo el siglo XX ha crecido por acumulación, según el método de periferia expansiva... ciudades en las que, en muchas ocasiones, la exclusión es más fuerte que la cohesión comunitaria, la marginalidad y el recelo más fuerte que la convivencia. Es ésta la ciudad heredada desde la cual se afrontan los retos de la ciudad del presente, y esto nos lleva, forzosamente, a una reflexión sobre qué idea tenemos realmente sobre lo que es la ciudad y, aclarado esto, hasta qué punto nos sirven los esquemas interpretativos para entender la ciudad del presente.

En su reciente libro “La ciudad conquistada”, el sociólogo y urbanista Jordi Borja establece acertadamente tres niveles interpretativos de la ciudad en el imaginario colectivo: uno sería la ciudad histórica, la “ciudad de siempre”, la medieval, la barroca, la que ostenta, en la mayoría de los casos casi en exclusiva la capacidad de representación de la ciudad toda, la de la centralización del poder político, la de los monumentos. Es la idea de la ciudad por antonomasia, fijada en el imaginario colectivo no sólo por su representatividad y significación, sino por el importante hecho de poder abarcar mentalmente sus límites. Es una ciudad que se sabe donde empieza y donde acaba, donde está el DENTRO y donde está el FUERA, donde está el CENTRO y donde los arrabales. Sobre ella volveremos.

En segundo lugar está la ciudad metropolitana, la que acabamos de mencionar, la de los ensanches y suburbios, la de los enormes crecimientos del siglo XX, ciudad que también hemos vivido y experimentado y, aunque incomparablemente más extensa que la primera, hemos llegado a aprehender su dimensión, a saber donde están sus límites gracias a la extensión de sus medios de transporte. Es la ciudad de los barrios, de centro y periferia, con lugares fuertes, de gran intensidad y significación urbana junto a otros lugares débiles, mal comunicados, infradotados, mal equipados; ciudad viva en sus conflictos, contradictoria, en la que la conciencia de vivir en espacios diferenciados ha dado lugar a duras pero enriquecedoras confrontaciones sociales y a la culminación de unas reivindicaciones de derechos ciudadanos cada vez más complejos, si se puede decir así, que revelan la concienciación, madurez y desarrollo de los movimientos vecinales, desde la reclamación del derecho a la vivienda digna hasta la reivindicación del derecho a la calidad del espacio público, el transporte, la accesibilidad, la movilidad, el tiempo y el espacio del ocio y, en suma, el derecho a la calidad de vida.

Y por último está la ciudad del presente, la que se está configurando ante nuestros ojos dejándonos perplejos por las dificultades de su comprensión. Es la ciudad global, la de la sociedad de la información, el territorio de la nueva economía, la ciudad difusa que ha desbordado todos los límites configurando un territorio global entendido conceptualmente como un todo urbanizado pero disperso, difuso y discontinuo. La cuestión está en dilucidar cómo este espacio extendido por el planeta como un ectoplasma puede ser una CIUDAD y, por tanto, un escenario para la convivencia. Cómo puede expresarse la CONVIVENCIA en ese escenario, cómo puede reproducirse, reinterpretarse en una condiciones, en principio, poco proclives al contacto humano, a la relación personal y enriquecedora. Hace ya varios años, antes de la entrada en el milenio, que desde una óptica multidisciplinar se viene analizando en profundidad este asunto que podía quedar magníficamente sintetizado en el título de un importante trabajo de Françoise Choay, “El reino de lo urbano y la muerte de la ciudad”. ¿Estamos realmente en situación de decir, “la ciudad ha muerto y ha nacido lo urbano?”. Pero permítanme que nos detengamos un poco en el análisis de las características de esta nueva ciudad.

La revolución informática ha desembarcado en un sistema económico en el que, como explican Foray y Foreman en su trabajo "Tecnología y riqueza de las naciones", la "productividad no es un concepto que dependa del aumento cuantitativo de los factores de producción (capital, trabajo y recursos naturales) sino de la aplicación de conocimiento e información a la gestión, producción y distribución, tanto en procesos como en productos". (*Imaginemos la cantidad de información que suministramos en unos grandes almacenes a partir de nuestras compras con una tarjeta de crédito, y cómo esa información se utiliza para una mejora de la productividad*). La actividad económica, el movimiento de capitales, los negocios, las transacciones, las compras y las ventas se realizan a distancia. Ya no existen, al menos con el grado de importancia que tenían antes, las llamadas economías de aglomeración, basadas en la proximidad física a los mercados, las fuentes de recursos y centros de intercambio. Ya no importa tanto residir cerca del lugar de trabajo porque se puede trabajar en el lugar en el que se reside, toda vez que el mundo se nos ha puesto al alcance de nuestro ordenador personal. Ya no importa tanto vivir cerca del centro porque la ciudad tiene ya muchos centros. Este estado de cosas hace que las opciones de residencia cada vez se esparzan más por el territorio en agrupaciones de baja densidad y alto consumo de suelo. La urbanización se extiende y nace el área metropolitana, primero, y más allá, la ciudad región. Ya hemos dicho que en el imaginario colectivo está presente la ciudad cuando ésta tenía unos límites concretos, un centro y una periferia, un "dentro" y un extrarradio. Han bastado unos cuantos kilómetros de asfalto para que los límites conceptuales de la ciudad, aquellos hasta donde ésta se hace visible y perceptible, conformen una nueva realidad de ciudad - región. La vieja ciudad de las murallas diluida hoy en la ciudad-región, ciudad-territorio o como queramos llamarla.

(Málaga: cuando los límites de la ciudad llegan a una distancia del centro lo suficientemente grande como para que ya no tenga sentido, ya no pueda exhibirse una estructura urbana radio – concéntrica, nos encontramos ante una etapa de desarrollo urbano trascendental. Nos hemos liberado del círculo, de la última muralla, del último arco de circunferencia que, de una manera inconsciente, nos estaba abocando a una concepción dual del hecho urbano, en su dicotomía de centro-periferia. A partir de ahí la ciudad se hace tentacular, magmática, grumosa, imprecisa, de concentraciones de intensidad urbana rodeadas de unas aparentes nada territoriales, los terrenos vagos, los terrenos contiguos, la mancha de aceite... es el salto de la ciudad postindustrial a la ciudad metropolitana).

Este espacio urbano regional, este espacio metropolitano es una red compuesta por unos nudos (los lugares significativos de la ciudad, áreas residenciales, centros terciarios y de negocios, las grandes infraestructuras de transporte, parques tecnológicos, áreas monumentales, etc.) y unas conexiones que son las vías de comunicación. Lo importante de una red es la solidez de su entramado, su cohesión. Pero la red de la ciudad urbano regional no siempre está cohesionada porque, dentro de esos nudos hay lugares débiles y lugares fuertes, zonas de gran intensidad urbana, de gran capacidad simbólica, de gran presencia de ciudad con lo mejor de sus atributos, junto a otros que son focos de marginalidad, sectores (tanto productivos como humanos) centrifugados por la globalización, al no poder jugar el papel competitivo que implacablemente aquella obliga a desempeñar: los barrios históricos degradados, los reductos de la inmigración que han ocupado hoy las zonas obsoletas y degradadas de la antigua ciudad metropolitana (los llamados predios fiscales en Argentina), espacios residuales, espacios que, por no tener ninguna significación, no pueden ser considerados LUGARES o, simplemente, espacios unifuncionales que, aún teniendo un encaje en el sistema económico urbano, son poco generadores de ciudad al faltar el elemento sustantivo de ella que es, como hemos dicho y por encima de cualquier otra consideración, la diversidad, la polivalencia o la multifuncionalidad, pues lo contrario es el gueto. Por poner como ejemplo la ciudad en la que estamos, no cabe duda de que el campus universitario, los barrios residenciales de Teatinos o el Parque Tecnológico son importantes centros dispersos por el arco de crecimiento de la ciudad. Pero ninguno de ellos alcanza la plenitud de lo urbano por cuanto a todos ellos les falta el atributo de la diversidad: Teatinos es un barrio residencial, pero se está construyendo sin comercios en las calles, de ahí que carezca

del elemental pulso vital que debe latir en los espacios públicos para que sean lugares seguros propicios a la relación (gueto residencial). A la Universidad se desplazan todos los días cuarenta mil alumnos sobrecargando la autovía del Guadalhorce y sus escasos accesos alternativos, porque el campus es un espacio unifuncionalmente docente, sin el apoyo de la residencia o del comercio, aún de primera necesidad, que harían innecesario un buen número de esos desplazamientos (gueto universitario). Y el parque Tecnológico, esa baza que nos pone en el mapa y nos redime de nuestra postración industrial, es sin embargo un gueto de lujo donde las cinco mil personas que allí trabajan tienen que echar una moneda en una maquinita para tomarse un simple café. Ante esta situación volvemos a formular la gran cuestión que tienen ante sí los responsables de política urbana esdecir: ¿qué hay que hacer en la ciudad sin límites, para que siga siendo ciudad, esto es, el espacio propio y específico de la convivencia?

Y volemos también a ese primer nivel de percepción de la ciudad que hablaba Jordi Borja. Yo creo que en el genoma urbano, en nuestro ADN de urbanícolas, está grabada la idea, pudiéramos decir platónica, de la ciudad histórica, o quizás sea simplemente porque lo que realmente tengamos grabado sea el barrio de nuestra infancia (que por eso mismo permanece en el recuerdo como la ciudad de los prodigios, recordemos a Fellini...., ese lugar mítico en el que se labran los fundamentos épicos de la existencia humana: las calles de nuestros juegos, del descubrimiento de la amistad, de la lealtad, del amor, el primer contacto con la injusticia, con el dolor, etc) Es decir, bien sea en tanto que seres sociales según una naturaleza urbana y social de una especie-la humana- con miles de años de evolución, o bien sencillamente como resultado de la experiencia personal de nuestra íntima e intransferible historia, lo cierto es que tenemos un instinto, un anhelo de lo urbano que se patentiza fundamentalmente en esa idea de la ciudad histórica, ese espacio territorial que nuestra imaginación alcanza a dominar en su extensión, con sus caracteres intrínsecos de DIVERSIDAD , física, formal, funcional: el escenario de la plaza, de la Iglesia, del Ayuntamiento, de los monumentos, de las calles comerciales, del lugar de los juegos, del foro- en cualquiera de sus manifestaciones...la esquina de SMOKE de Wayne Wang y Paul Auster.... es decir, la DIVERSIDAD, que es el trasunto o la esencia de lo urbano, se expresa y sedimenta con su máxima intensidad en la idea de CENTRALIDAD. Y para que todo esto no se quede en una disquisición teórica volátil, por falta de referencias, tratemos de aclararlo volviendo a ejemplos domésticos y cercanos.

No sé si acuerdan ustedes del Plan Especial de Rehabilitación de Trinidad y Perche a finales de los setenta: una operación conjunta entre el Ayuntamiento de Málaga y la Junta de Andalucía consistente en la regeneración residencial de unos arrabales históricos mediante operaciones de vivienda pública a base de la rehabilitación adaptación o reinterpretación, con obras de nueva planta de las tipologías tradicionales , garantizando a sus moradores el derecho a permanecer en sus lugares de origen y a beneficiarse de las plusvalías generadas en el proceso de renovación y derivadas, fundamentalmente, de su posición de centralidad en la ciudad. Frente a la ciudad confusa, fragmentada y despersonalizada, Trinidad-Perchel supuso el primer paso en la reclamación del derecho a la ciudad, entendiendo esto no sólo en los términos lefrevbianos-derivados del famoso ensayo del pensador francés- sino como la reclamación de lo que Jordi Borja llama en su reciente libro “La Ciudad conquistada” un derecho “complejo”. El rápido grado de madurez alcanzado por los movimientos vecinales en la transición democrática permitía pasar de la reclamación del derecho a la vivienda- que en todo caso el franquismo ya se había encargado de atender....- a la reclamación de un derecho, digamos, más cualificado, como el derecho al hábitat, esto es, al espacio urbano, a la permanencia en el lugar, a formas tradicionales de vida, a otras pautas de habitabilidad que las ofertadas de forma exclusiva por el mercado inmobiliario, el derecho al equipamiento urbano, a la calidad de vida y, en definitiva, a la reclamación de algo más intuitivo que formulado...me refiero a la primera expresión del **derecho al centro**, sedimentación de los atributos inherentes a lo urbano, la esencia de lo urbano, es decir, la diversidad, diversidad de usos, de funciones, de relaciones, de clases, de sensaciones, de intercambios y de experiencias. La Málaga moderna surgida del desarrollismo es una ciudad de profundas connotaciones periféricas: podríamos decir que toda Málaga es periferia... a poco que nos separemos unos cientos de metros por el oeste del río Guadalmedina,

la ciudad ya es periferia (la Cruz de Humilladero ya es periferia, por ejemplo), de una periferia atroz consecuencia de la pura y nuda productividad (recordar lo que era esto antes del PGOU 83) en la que la mayoría de los malagueños reconocían lo urbano precisamente en la disolución, destrozo o escamoteo de los elementos que tradicionalmente habían sido significantes de lo urbano. Para el malagueño, ese ser periférico, la reclamación del derecho a la ciudad ha tenido siempre mucho de reclamación del derecho al centro. El malagueño, en tanto que ciudadano, ha sido durante mucho tiempo un ser des-centrado. Como podía haber dicho María Zambrano, “le falta el centro; el sentirse ser miembro de una ciudad que tiene una función creadora, que tiene un honor al cual la vida misma se debe”. En la conciencia soterrada del malagueño ha estado siempre un anhelo de centralidad no saciado, dicho en palabras más vulgares, el malagueño ha tenido, durante más de un cuarto de siglo, “mono” de centro. La conquista de Trinidad-Perchel era una primera conquista del centro, de esa idea del centro que no es un concepto geográfico sino que llega a ser una categoría moral, pues frente a la ciudad fragmentada, amedrentada e insolidaria, el centro, como máxima expresión del espíritu de la ciudad, es el crisol histórico de la interculturalidad, de la diversidad y la creatividad; su existencia y su potencia supone, pues, la condición misma para la elaboración de un proyecto novedoso de convivencia y participación, y el corolario de todo ello, que es la creatividad .

A mi modo de ver estos anhelos atávicos arrojan un poco de luz sobre el modo de entender la ciudad polinuclear de la globalización, y sigamos con el ejemplo de Málaga para no perdernos. Todos estos espacios que hemos mencionado hace un momento, el Parque Tecnológico, Teatinos, la Universidad, que junto a los terrenos de RENFE, el aeropuerto, el Recinto Ferial, la ciudad de la Justicia y el Plan Bahía van a llenar de contenido al Triángulo Productivo-escenario de la nueva capitalidad- y todos los espacios intersticiales entre ellos tienen que dejar de ser esa nada espacial o, en el mejor de los casos, unos espacios unifuncionales para llegar a ser en sí mismos como una especie de reflejo o microcosmos de la ciudad toda, es decir, que desde ellos no se tenga la sensación de estar en una situación subordinada, periférica, marginal o suburbial, sino con todas las connotaciones de la centralidad, entendiendo por ésta la complejidad de funciones que entraña el vivir: la residencia digna, los comercios, los equipamientos, el espacio público y los lugares de ocio. Es decir, que pasen de ser simples espacios para convertirse en lugares, que pasen de ser fragmentos periféricos para convertirse en centros. A veces se dice que hoy la ciudad región es una ciudad de ciudades. Según este razonamiento la ciudad de ciudades es más bien **ciudad de centros**. *(Pero la centralidad entendida, no como un concepto geográfico, sino como una opción urbana, una manera de entender la vida en sociedad y, a la `postre, no nos costaría mucho concluir dialécticamente en la idea de la centralidad como una opción moral. La ciudad policéntrica o en red es una ciudad de centros en la que cada uno de ellos debe representar la plenitud de lo urbano en el lugar que le corresponde)*

Pero la plenitud urbana de los múltiples centros que hoy tiene la ciudad es sólo la mitad del modelo. La otra mitad es **la máxima posibilidad de movilidad y comunicación entre ellos**. Tan sólidos deben ser los nudos como los enlaces, y esto alude a un buen número de asignaturas pendientes de nuestra ciudad, entre las que cabe destacar la urgente necesidad de la hiperronda, el soterramiento del ferrocarril en su entrada a la ciudad y las líneas de Metro a las que nos estamos refiriendo. La primera medida- la hiperronda- es absolutamente necesaria para el desvío de tránsitos territoriales y de paso que hoy sobrecargan el viario arterial urbano; la segunda permitirá desbloquear las relaciones norte-sur de un importante sector del oeste de la ciudad, posiblemente el más poblado, con un favorable efecto inmediato en las zonas limítrofes con el ferrocarril y la generación de importantes economías de escala en el conjunto general de la ciudad. Pero es la **construcción del Metro la medida que más va a contribuir a la configuración de ese modelo moderno** de ciudad al que extensamente hemos aludido pues, al estar concebido por su propia lógica de rentabilidad- de manera que pueda atender a los más amplios sectores de la ciudad, de un lado contribuye a reforzar esos puntos nodales de la red a

que nos referíamos (el simple hecho de la existencia de las paradas constituyen una importante instancia de significación y centralización del lugar), y por otro, su mismo trazado como plataforma reservada garantiza la óptima conectividad entre ellos, cumpliéndose, pues, los requisitos necesarios para la consolidación de la ciudad moderna tal y como hoy cabe entenderla: **la ciudad que se reconoce en la vitalidad y plenitud urbana de sus múltiples centros y en la máxima capacidad de comunicación entre ellos**: ciudad accesible e isótropa, que consagra la integración social del espacio. Sin la ingenuidad de los utopistas, pero desde el optimismo ilustrado que toda acción política debiera acarrear, podemos decir que esta forma de ver lo urbano en la desmesura metropolitana es, quizá, la única forma de realizar el ideal de la ciudad democrática en dicho contexto.

*(Demos la palabra a Jordi Borja y Manuel Castells en su libro "Local y Global": "No podemos aceptar la ciudad dual, la que consolida centros y periferias mutuamente excluyentes, ni la ciudad que segrega social y funcionalmente poblaciones y actividades. Las ciudades deben ser policéntricas, los barrios plurales y las zonas de actividad polivalentes. Cada parte de la ciudad debe tener su monumentalidad, su simbología y su identidad. Pero también una ciudad democrática es aquella que maximiza las posibilidades de movilidad para todos sus habitantes. Los sistemas de transportes masivos y accesibles son muchas veces la condición de acceso al empleo y a la vivienda, y también es un requisito para construir un sentido y un proyecto colectivo para la ciudad". )*

*Para terminar, tengamos un recuerdo para el 11-M aludiendo a algo positivo, si algo positivo pudiera extraerse de esta terrible tragedia. Ahí pudimos ver los perfiles de una ciudad región, Madrid, dando precisamente un ejemplo de convivencia. Ahí estaba el Madrid duro y tierno, el que vació su identidad para dárnosla a los de fuera, el Madrid multiétnico capaz de templar la fría globalización en el pequeño mundo de sus barrios, un Madrid cambiante, moderno y vital. De repente vimos el renovado rostro de la convivencia en el desmadrado escenario de la ciudad región. Una ciudad que ya es y será para siempre multiétnica y multicultural, una ciudad, un mundo y una sociedad tecnoeconómica de la que todos formamos parte desde la integración de nuestras diferencias. La gran tarea del momento, la gran cuestión urbana es hoy combinar la pluralidad de las culturas con la participación de todos en ese mundo tecnoeconómico. Reclamar el derecho a la diferencia en la ciudad de la globalización no significa exigir que se nos reconozcan unos caracteres distintivos y excluyentes para constituirnos como una especie de paréntesis o acotación dentro de la ciudad. Por el contrario, el derecho a la diferencia y el respeto a las identidades es algo que subraya nuestra intrínseca pertenencia a la ciudad. Frente al mito del igualitarismo totalitario no es ocioso insistir en el carácter esencialmente diverso de la condición humana. No todos los hombres son iguales, sino que todos los hombres son distintos y es precisamente por eso, por el carácter diverso de los individuos- por el carácter diverso de los ciudadanos- por lo que son sujetos de los mismos derechos en tanto que seres humanos- en tanto que ciudadanos- y uno de esos derechos es precisamente es el no vivir en espacios urbanos infradotados, marginados o des-centralizados cuya postración periférica les merme las oportunidades de acceso a la modernidad y al desarrollo de una vida digna. Hoy, aparte de la comprensión de la ciudad como una realidad polinuclear, como una ciudad de centros bien comunicados entre sí- que, como hemos dicho, es la expresión territorial de la idea de democracia aplicada al urbanismo, la gran tarea pendiente, en lo que a la convivencia se refiere, al menos en las ciudades de nuestro ámbito geográfico, es dar respuesta adecuada al hecho de que la naturaleza histórica esencialmente multicultural de la ciudad hoy día se ve enriquecida por su naturaleza esencialmente multiétnica, dar respuesta urbanística, social y laboral a la integración de los emigrantes del tercer mundo en nuestras sociedades industrializadas. . La tarea es enormemente ardua, porque no es fácil que la comunicación y el reconocimiento del otro puedan establecerse entre individuos o grupos sociales situados en relación de desigualdad, de dominio o de dependencia. Frente a la claudicación neoliberal es aquí el marco en el que las instituciones democráticas del Estado han de desarrollar nuevas fórmulas imaginativas de participación, de gestión y de convivencia, de forma que la creatividad, que es el corolario de la diversidad cultural, pueda florecer a pesar de la violencia*

*y el autoritarismo. Está en juego la supervivencia misma del concepto de ciudad en el vértigo y la perplejidad en la confusión urbana del presente, el que sepamos reconocernos como ciudadanos en un nuevo registro y esto es de suma importancia porque, como hemos dicho al principio de esta disertación, es precisamente de nuestra condición de ciudadanos de donde emana todo el arsenal de derechos que nos garantizan nuestra dignidad como seres humanos, lo que nos garantiza, por tanto, la posibilidad misma de la convivencia.*